

crimen de Herodes, y el de Judas, y el de los judíos que dieron muerte á Jesús; es constituirse más criminal que el demonio, porque el sacrilegio eucarístico es el último término de la maldad y el conjunto de todos los crímenes.

En consecuencia de esto, los castigos que el Señor en su justicia tiene reservados á los sacrílegos son tremendos y espantables, ya en esta vida, ya en la otra, pues el que come el Pan eucarístico indignamente, come su propia condenación.

Hay muchos cristianos que duermen el sueño de la muerte, y que en vez de recibir en su alma los favores divinos que produce el alimento celestial, comulgan indignamente, convirtiendo el manjar eucarístico en veneno mortífero, que marca su frente sacrílega con el sello de la maldición de Dios, fulminada por Jesucristo contra Judas y contra todos sus imitadores.

Unas veces será por vergüenza en la confesión, otras por respetos humanos; no pocas porque Satanás se entra en su corazón como en el de Judas, y se tornan hipócritas, é hipócritamente comulgan, vendiendo á Jesús, y entregándole con más audacia que el mismo Judas. Jesucristo es una Víctima que el hipócrita sacrifica á sus propias criminales pasiones.

Es, pues, necesario, que el hombre, antes de comulgar, *se pruebe á sí mismo*, y que procure evitar los peligros dichos, á fin de no perder nunca el fruto copiosísimo de tan augusto é inefable Sacramento. Es necesario recibir al Señor, como expresa el Apóstol San Pedro (1), con candor de niños, deponiendo toda malicia, todo pecado, todo engaño y simulación, con fe viva, con esperanza firme, con caridad ardiente, con amor tierno y dulce consuelo, considerando que la Comunión sagrada, recibida dignamente, nos deifica, cuanto es posible en esta vida, nos une íntimamente á Cristo nuestro Señor, quien haciendo morada en nuestro pecho, nos hará crecer de claridad en claridad, de virtud en virtud, hasta que al fin corone nuestra fe con la eterna posesión de Dios en la gloria, pues escrito está que *quien come de este Pan, vivirá eternamente*.

(1) Sicut modo geniti infantes... deponentes omnem malitiam, et omne dolunt, et simulationes... ut in eo crescatis in salutem. (Petr., I, 1-2.)

## CAPÍTULO XXXVIII

### De la adoración á Jesús Sacramentado.

1. A Jesús Sacramentado es debida adoración y culto supremo.—2. Modo de esta adoración.—3. Modos diversos de adorarle.

**L**A adoración á Jesucristo Señor nuestro en el Sacramento de su amor es una consecuencia inmediata de su *real presencia en la Eucaristía*. Encontrándose verdaderamente contenidos bajo las especies de pan y vino el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es evidente que la santa Hostia debe ser adorada con el supremo *culto de latria*, debido sólo á Dios. Así lo declaró el santo Concilio de Trento por las siguientes palabras: *Si alguno dijere que en el santo Sacramento de la Eucaristía no se debe adorar á Cristo Hijo Unigénito de Dios con el culto de Latria, ni aun con el externo, y que por lo mismo, ni se debe venerar con peculiar y festiva celebridad, ni ser conducido solemnemente en procesiones, según el loable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia; ó que no se debe exponer públicamente al pueblo para que le adore, y que los que le adoran son idólatras, sea excomulgado.* (Sess. 13, c. VI.)

2. Grande importancia tiene y bien merece considerarse este sagrado canon del Concilio, pues en él se establece la obligación en que se halla todo cristiano de adorar á Jesús Sacramentado, no sólo con culto *exterior*, cuando sea expuesto en el templo, ó llevado en procesión por las calles públicas, sino muy en especial con culto *interior*, reconociendo al Salvador divino presente en el Sacramento, humillándose profundamente ante él, implorando su misericordia, pidiéndole sus gracias y excitándose á actos de respeto, de reconocimiento y de amor. Jesucristo es Dios, y como tal debe ser siempre adorado.

Ya se comprende que dicha adoración, como culto supremo, se



encamina únicamente á *Jesucristo*, oculto bajo las especies sacramentales; pero en cierto modo se extiende á las especies mismas de pan y de vino, en cuanto ellas se toman en unión del Redentor, y como formando *un todo* con El. Es decir, que nuestro culto y veneración se extiende á dichas especies, de igual manera que cuando Jesús vivía sobre la tierra en carne mortal se extendía la adoración á sus sagradas vestiduras. Los accidentes cubren la persona adorable de Jesucristo, y Jesucristo se muestra á la fe de nuestro entendimiento por la forma sensible de los accidentes. Son, en verdad, dos cosas distintas, pero tan íntimamente ligadas en el Sacramento, que no es posible separarlas.

3. ¿Cómo ha de ser en la práctica esta adoración? Nadie lo ignora; unas veces la hacemos asistiendo á las *procesiones* del Santísimo Sacramento, ó á las *bendiciones* que con El se dan en el templo; otras, por el celo en *adornar los altares* en que el Señor se halla depositado, ó en prestar *cebo á la lámpara* del santuario; de continuo le adoramos *asistiendo con frecuencia á la santa Misa*, ó recibiendo respetuosamente *la sagrada Comunión*; no pocas veces le prestamos homenaje rendido *acompañando al santo Viático* cuando se lleva á los enfermos; y, por último, haciéndole devotas *visitas* en su propia morada, ya sea encerrado en el sagrario, ó ya cuando se halla expuesto en el altar á la adoración de los fieles.

¡Qué ancho y hermoso campo se ofrece aquí á la consideración de las almas buenas! Muy deleitable sería para nuestro corazón podernos detener en narrar el encanto, dulzura y amor que entrañan cada una de estas variadas formas de adoración al Señor sacramentado; mas no siendo posible hacerlo por la brevedad que exigen nuestros propósitos, habremos de concretarnos á decir dos palabras:

- 1.º Sobre las visitas al Santísimo Sacramento.
- 2.º Sobre lo más importante de la divina Eucaristía.

### § I

#### NECESIDAD Y UTILIDAD DE LAS VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

4. Visitas al Santísimo. — 5. Es una necesidad fundada en nuestros deberes para con Dios. — 6. Es un deber de piedad. — 7. Lo exige nuestra utilidad. — 8. Es devoción santa y consoladora. — 9. Modo práctico de hacer dichas visitas.

4. Todo el que tiene un amigo siente en su corazón necesidad de visitarle con frecuencia, pues amistad que no se usa es

amistad perdida; conócese el grado de la amistad por lo frecuente del trato, y si el amigo nos visita de continuo, deber de cortesía es pagarle sus visitas. ¿Decimos que Jesús sacramentado es amigo nuestro y que en verdad le amamos? Nuestras visitas lo han de mostrar; y pues El diariamente nos visita con sus gracias, justísimo es que nosotros le visitemos cada día para expresarle nuestro agradecimiento.

Ejemplo bellissimo de esta virtud nos ofrece la vida de Santa Angela, en la cual leemos que su amor á la Eucaristía era tan ardiente, que pasaba horas enteras de rodillas ante los Tabernáculos donde se hallaba su Amado. Y en una carta que San Elzear escribió desde Italia á Santa Delfina, su esposa, decía: «Si deseáis tener á menudo noticias mías, id con frecuencia á visitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento; entrad en espíritu en su sagrado corazón, pues sabéis que allí es mi morada ordinaria, y podéis estar segura de encontrarme allí (1).» ¡Qué buen modelo para nosotros y cuánta necesidad tenemos de él! Jesucristo ha establecido su reino en el sagrario, sólo por amor nuestro, y nos advierte que son sus delicias estar con los hijos de los hombres: ¿es posible que nosotros rehusemos visitarle á lo menos una vez cada día?

Por otra parte, es una necesidad de nuestro corazón visitar á Jesús sacramentado, y esta necesidad se halla fundada, *ya en nuestros deberes para con Dios, ya en las utilidades que nos reporta.*

5. Es un deber nuestro mostrarnos *respetuosos y deferentes* con la Majestad divina presente en la Sagrada Eucaristía. Jesús sacramentado es nuestro Dios, es el Todopoderoso, Dueño y Señor de todo, y de El dependemos de la manera más absoluta. Dejar de visitarle, ¿no es en cierto modo un desprecio, como diciéndole: «No te necesito»? Sabiendo que El desea que le visitemos porque quiere favorecernos, ¿cabe disculpa en nuestro desvío y es razonable que huyamos de El?

Demás de esto, hay en nosotros un deber de visitarle *por reconocimiento*, por la bondad con que se digna llamarnos y habitar en nuestra compañía. Por ventura, ¿tiene El necesidad de nosotros? Para nada; mas como sabe que necesitamos de El, nos llama cariñosamente, y nos dice: *Venid á mi todos. Mis delicias son teneros á mi lado.* Venid, y considerad despacio cuán entrañable es el amor que os tengo. Por vosotros me quedé en este Sacramento de amor,

(1) Véase «Tesoros» de Cornelio A. Lapide, palabra *Eucaristía*.



para ser todo vuestro, para que os sea recuerdo continuo de mi Pasión, para que vuestra mente se llene de gracia y para que tengáis en mí una prenda segura de la eterna gloria (1). ¿Es posible que os alejéis de mi dulce compañía?—Esto nos dice el Señor, esto canta diariamente la Iglesia; y en verdad, no visitarle es como no hacer caso de El, es como desechar sus favores, es como hacerle una ofensa.

6. Pero aún hay más: existe en nosotros un deber de *piEDAD* que nos estrecha con urgencia á que visitemos al Señor sacramentado, pues si continuamente le vemos *olvidado* de muchos, tratado con *ligereza é indiferencia* por no pocos de los que se hallan ante su Tabernáculo, y, lo que es peor, *blasfemado* de los impíos, que le *desprecian*, pagando así el inmenso amor de Jesús, que le lleva á permanecer en nuestros sagrarios y en medio de nosotros, ¿no será *ingratitude* por nuestra parte el portarnos como extraños, ó como enemigos, sin acercarnos á El ni decirle: «Señor, yo os amo, y quisiera compensar con mis obsequios los agravios que en la Eucaristía os inferen?» ¿Será tener buen corazón, tener amistad con Jesús, tener amor á su sagrada persona, el dejarle solitario en el Tabernáculo, cuando le vemos inicualemente ultrajado? ¡Oh! No se puede dudar; visitarle es preciso, es una necesidad de nuestro corazón, es una señal de respeto, es un deber de gratitud, es una prueba de amigos, es cumplir una de las más dulces obligaciones de las almas cristianas.

7. Sin embargo, como todo esto suelen olvidarlo muchas gentes, ó no le dan la importancia debida, bueno será añadir que las visitas continuas al Santísimo Sacramento se hallan además fundadas en *nuestra propia utilidad*. Después de la santa Misa y de la Comunión sagrada, no hay devoción más *provechosa*, ni más *santa*, ni más *consoladora*.

Con efecto. ¿Dónde hay ni puede haber mayor provecho que acercarse continuamente á Jesucristo, fuente de todos nuestros bienes, luz que disipa nuestras tinieblas, amor de los amores, que con su sabiduría, poder y bondad infinitos sabe, puede y quiere colmarnos de beneficios corporales y espirituales, temporales y eternos? Jesucristo se dignó quedarse y permanecer en la divina Eucaristía únicamente para continuar y perfeccionar su obra de misericordia para con todos aquellos que en El creen y desean recibir sus divinos favores.

(1) O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus!...

Por lo mismo, cuando nosotros devotamente le visitamos en su morada eucarística, Él ilumina nuestra inteligencia y disipa nuestras dudas; mueve nuestros corazones, los enardece en su santo amor y endereza nuestra voluntad, encaminándola á todo lo santo y bueno. Él nos fortalece en las tentaciones, nos reanima en nuestras flaquezas, nos ayuda en nuestros trabajos y nos levanta si nos ve caídos. Él nos calma y suaviza en los sufrimientos, nos consuela en nuestros infortunios, nos defiende en los peligros y es nuestro refugio y nuestro sostén en todas las adversidades de la vida.

8. ¿Es posible encontrar devoción más tierna y al mismo tiempo más consoladora? Jesucristo en el Tabernáculo, de igual manera que en su vida mortal, despide de sí cierta virtud divina que cura todas nuestras dolencias, de tal suerte que nadie se aproxima al altar donde se halla sacramentado, sin que Jesús por su parte le conceda la luz, la fuerza, la paz, la resignación y el gozo del espíritu, sin más condición que el alma se muestre devota y quiera recibir tan grandiosos dones. ¡Cuántos y cuán inmensos beneficios derrama el Señor sobre las almas cuando las ve obsequiosas en su adorable presencia!

Por último, es grande cosa para impulsarnos á visitar al Señor sacramentado, considerar la *santidad* de esta devoción, ya *por el fin* que se proponen los fieles al hacer dichas visitas, que es mostrar á Jesucristo obsequioso respeto, amor y agradecimiento, adorándole con profunda humildad, ya *por los actos de virtud* que en ellas se ejercitan. ¿Quién, al visitar al Santísimo Sacramento y rendirle el debido homenaje, no ejercita la *fe*, la *confianza*, el *amor*, la *humildad*, la *sumisión* y otras virtudes semejantes? ¿Es posible pasar un cuarto de hora en la dulce compañía de Jesús, conversando con Él familiarmente como con un amigo, ó con un hermano, tratando de obsequiarle, y que Él, todo bondad y riqueza suma, que no se queda pobre por dar, nos deje salir de su presencia sin habernos concedido especiales favores, por más que nosotros no los hayamos pedido, ni sepamos cuáles sean, ni en qué estriban? ¿Habremos, por ventura, de ganarle en generosidad? ¿Cuándo se persuadirán los cristianos de lo mucho que les interesa visitar diaria y devotamente á Jesucristo en el Sacramento de su amor!

¡Qué hermoso ejemplo nos ofrece la condesa de Feria, de quien nos habla San Alfonso María de Liguorio! «Tanta—dice—era la devoción que esta piadosa señora tuvo á Jesús sacramentado, que mereció ser llamada la *Esposa del Santísimo Sacramento*. Como se le preguntase en qué se ocupaba en tan largas y frecuentes adoracio-



nes, al punto respondió: «¿Queréis saber lo que hago durante tan dulces horas? ¡Ah! ¿Qué es lo que hace un cortesano en presencia del rey, un enfermo á vista del médico, un pobre delante del rico, un hambriento junto á una mesa bien servida? ¿Os parecen muy largas mis visitas? Yo, al contrario, encuentro que el tiempo me falta para acercarme á mi Dios tanto como quisiera.» De esta manera se expresaba aquella dama devota, y como ella pudiéramos citar otras innumerables.

9. No podemos detenernos á expresar el modo práctico de hacer tan deleitables y provechosas visitas; mas no debemos omitir que en ellas ha de dominar la *veneración*, la *confianza* y el *amor*. Veneración como á *Dios*, confianza como *amigo*, amor como *hermano*.

Veneración humilde, respeto profundo, adoración suprema, como quien se halla, no en presencia de un rey, ó de un pontífice de la tierra, sino como quien está delante del Rey de los reyes, y del Pontífice de los pontífices, y del Señor del cielo. Si los ángeles se estremecen ante su trono, y los querubines se cubren el rostro con sus alas en señal de humilde acatamiento, ¿qué habremos de hacer nosotros, miserables gusanillos?

La posición del cuerpo ha de ser de rodillas, ó en pie, ó postrados, según las circunstancias y las costumbres de los pueblos; pero siempre en actitud reverente y grave.

La entrada y la despedida se harán con profundo sentimiento de adoración, doblando una rodilla, si el Señor estuviese reservado en el Tabernáculo, y las dos, con inclinación profunda de cabeza y de hombros, si estuviera expuesto.

Durante la visita se pronunciarán con cierta lentitud y atención especial algunas de las oraciones de la Iglesia, particularmente el Padrenuestro, cinco, seis ó siete veces, según el tiempo y la oportunidad, pudiendo también recitar alguno de los cánticos sagrados de alabanza, de sumisión ó de amor, sin que esto impida el que el alma se extienda en otras súplicas ó actos devotos, cual demanden sus necesidades particulares ó los acontecimientos generales.

Y todo esto—añade el piadoso autor de *Las Pajitas de oro*—se ha de hacer con grande confianza, dirigiéndose á Jesús y permaneciendo cerca de El, como la Santísima Virgen, su Madre, después de la Ascensión, para mostrarle toda nuestra ternura y todo nuestro agradecimiento; como María Magdalena, para llorar y reparar nuestras culpas; como la Cananea y el Centurión, para obtener la salud de los seres que nos son queridos; como Nicodemos, para ser instruidos y gobernados; como los leprosos, para ser curados de

sus enfermedades; como el sordomudo, para entender y hablar las grandezas divinas; como el Príncipe de la Sinagoga, para impetrar la vuelta á la vida de una persona que había perdido; como un pobre que tiene hambre; como un mendigo que nada posee; como un discípulo que busca á su maestro; como un amigo que quiere á su amigo; como un afligido que llama á su consolador; como un niño que corre á su padre.

Había en Ars, en 1830, un simple labrador, quien, ora fuese al campo, ora volviese de él, jamás pasaba junto á la Iglesia sin entrar en ella, permaneciendo largo tiempo de rodillas en presencia de Jesús sacramentado. Mucho consuelo recibía en verle el párroco de cierta iglesia, y no poco le admiraba el que no percibía movimiento de labios de aquel hombre.—Buen amigo—le preguntó un día:—¿qué decís á nuestro Señor en las visitas largas que le hacéis?—No le digo nada: *le miro y me mira*...—¡Sublime respuesta! Aquel buen hombre no hablaba, no leía, no sabía leer; pero tenía ojos, miraba, con la fe veía á nuestro Señor, y no dudaba que el Señor le miraba á él, y por eso contestó: *Le miro y me mira*. En el sagrado Tabernáculo fijaba todo su espíritu, todo su corazón, todos sus sentidos y potencias; quedaba absorto en ardiente y silenciosa contemplación, y en ella se embebecía deliciosamente. En aquel coloquio íntimo, en aquella palabra muda, que iba y venía del corazón del siervo al de Jesús, había un cambio de inefables sentimientos y de misteriosas miradas.

He aquí el secreto, el gran secreto para llegar á la santidad. Ser santo es asemejarse á Jesucristo, y á Jesucristo nos asemejamos mirándole muchas veces, y mirándole por mucho tiempo; porque cuanto más se le mira, más se le conoce, más se le ama, y más inclinado se siente nuestro corazón á imitar al suyo. ¿Quién podrá enumerar los hermosos provechos de mirar á Jesús en el Sacramento y mirar que nos mira?

Mirar á Jesús y ser mirado de El: he aquí, en breve resumen, la práctica de las visitas á Jesús sacramentado. Hermosos libritos hay que tratan menudamente de esta importantísima devoción, y por lo mismo, á ellos remitimos á las almas piadosas, en tanto que nosotros ponemos término á este asunto interminable del Sacramento eucarístico haciendo un como compendio de las diversas materias que respecto de él hemos tratado.



## § II

## SUMA DE LA DOCTRINA REFERENTE Á LA DIVINA EUCARISTÍA

**10.** La Encarnación y la Eucaristía.—**11.** Esencia de la Eucaristía.—**12.** Resumen de los efectos eucarísticos.—**13.** Se extienden á la Iglesia Universal.—**14.** La Eucaristía es el amor de Dios en acción.—**15.** Siete maneras de ejercitarle.—**16.** Conclusión.

**10.** Dios nuestro Señor crió al hombre para unirle íntimamente á su divino ser; el hombre prevaricó, se hizo indigno de merced tan señalada; pero Dios misericordioso comenzó la obra de su reparación por la Encarnación de su divino Verbo, y la consumó en la Eucaristía. Por la Encarnación quedó deificado el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo; por la Eucaristía queda deificado, cuanto es posible en la tierra, nuestro propio cuerpo. Por la Encarnación quedó unida á Dios la naturaleza humana; por la Eucaristía queda nuestro cuerpo particular unido al mismo Dios. Por la Encarnación, el Verbo se hizo carne, *habitó con nosotros*; por la Eucaristía, el mismo Verbo hecho carne, *habitó en nosotros*, no siendo la Eucaristía otra cosa que la continuación ó el complemento personal del gran misterio de la Encarnación. Por la Encarnación se realiza la estancia substancial y personal del Verbo en el Cuerpo de Jesucristo; por la Eucaristía tiene lugar la residencia substancial del Cuerpo deificado de Jesucristo en el nuestro. ¡Qué misterio! ¡Qué bondad de Dios! ¡Qué felicidad para nosotros!

**11.** La Eucaristía, por lo tanto, es Dios humanado y glorificado, ocultando su humanidad, su divinidad y su gloria bajo las simples apariencias de pan y vino. La *causa* de este prodigio es el amor infinito de Dios hacia el hombre; su *institución* es divina, verificada en la noche de la Cena; su *naturaleza* misteriosa y llena de portentos asombrosos, es el misterio de los misterios y el milagro de los milagros de Dios.

El mismo Jesucristo se halla real, verdadera y substancialmente presente en este augustísimo Sacramento; y lo está sólo por la omnipotencia de la palabra de Dios, comunicada al sacerdote, por más que éste sea indigno y miserable pecador. El habla, y el misterio queda realizado (*Ipsé dixit, et facta sunt.*) El ministro del Señor habla unas cuantas palabras, y el pan y el vino se convierten en Dios. Allí, en el Sacramento, se halla Jesucristo presente, invisible, inmutable, impasible, todo en toda la Hostia, todo en cada

una de sus partes; todo en el cáliz, todo en todas las hostias del mundo, y todo en el cielo, siendo un solo y único Jesucristo. ¿De qué manera se realiza este prodigio? No lo sabemos; es el secreto de Dios; la razón no lo alcanza, mas la fe lo dice, la Escritura lo expresa, los Santos Padres lo enseñan, los Concilios lo decretan, la Iglesia lo practica, la razón lo convence, los herejes lo confiesan, los milagros lo evidencian...; y nosotros, á no haber perdido el juicio, no podemos menos de inclinar humildes nuestra frente, y decir: *Creo, adoro, venero... El dedo de Dios está aquí.* En este Sacramento *ha desplegado el Señor todo el poder de su brazo. Esta es la mutación de la diestra del Altísimo* (1).

**12.** Pero este Sacramento es juntamente *Sacrificio* y *Comunión* sagrada, ó sea alimento espiritual de nuestras almas, y bajo estos nuevos aspectos produce frutos copiosísimos, *ya con relación á Dios, ya respecto de nosotros mismos.*

Con la Eucaristía se establece en el mundo *la mayor gloria del Padre celestial*, á quien es más grato y más honorífico un solo sacrificio del altar que todos los actos virtuosos posibles de todas las criaturas: *la mayor gloria de Jesucristo*, la cual se aumenta prodigiosamente, ya por tantos templos á El consagrados, ya por tantas procesiones instituidas en su honor, ya por tantas Comuniones hechas con fervor y devoción por las almas buenas, ya porque se renueva constantemente la memoria de su Pasión sacrosanta: *la mayor gloria nuestra*, pues de un modo especial la obtenemos, ahora por la unión íntima de Cristo con nuestra alma, ahora por las copiosísimas gracias que este Sacramento nos confiere, ahora por la semilla de gloria futura que deja en nuestro corazón. Todo lo cual es bellamente expresado por la Iglesia nuestra Madre, cuando canta: O SACRUM CONVIVIUM!... *¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe á Cristo, renuévase la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da una prenda de futura gloria. (Et futurae gloriae nobis pignus datur.)*

**13.** Mas todas estas maravillas, con ser tan magníficas y sublimes, no lo dicen todo, porque son *individuales*. y el cristiano cuando comulga, además de estar todo en Jesucristo, y Jesucristo todo en él, forma, por la asimilación eucarística, una pequeña parte de un inmenso cuerpo moral, cuya vida está animada por la misma vida divina del Salvador. Este cuerpo místico es la Iglesia

(1) *Digitus Dei est hic.* (Exodo, V, 19.)—*Fecit potentiam in brachio suo.* (Luc., I, 51.)—*Haec mutatio dexterae Excelsi.* (Psalm. LXXVI, 11.)